

RED Marruecos

<http://www.redmarruecos.com/opinion/autor/000017/jose-antonio-gonzalez-alcantud>

| Un Mediterráneo plural |

03 de Diciembre de 2015 (01:56 h.)

Andalusíes*

José Antonio González Alcantud

A mí particularmente me ha pasado algo parecido a lo que le ocurrió al maestro de andalucistas Blas Infante cuando en 1924 acudió a Marruecos a la búsqueda de la tumba de al-Mutamid, el último rey taifa de Sevilla: me he sentido hermanado afectivamente, a lo mejor ingenuamente,...

A mí particularmente me ha pasado algo parecido a lo que le ocurrió al maestro de andalucistas Blas Infante cuando en 1924 acudió a Marruecos a la búsqueda de la tumba de al-Mutamid, el último rey taifa de Sevilla: me he sentido hermanado afectivamente, a lo mejor ingenuamente, desde la primera toma de contacto con el país alauita con los que se denominan a sí mismos como "andaluces". Una cercanía afectiva que sintió asimismo el escritor granadino Francisco Ayala, compañero de generación de García Lorca, cuando escribió el relato "*La cabeza del cordero*" (Buenos Aires, 1949) sin haber pisado nunca Fez. En esta narración, tramada en el trasfondo de la guerra civil española, un viajante de comercio de la localidad costera granadina de Almuñécar, donde la tradición dice que desembarcó Abderramán I huyendo de la persecución abasí, es preguntado por sus anfitriones fesíes por los familiares comunes. Desde luego se trata de un sentimiento romántico de reencuentro, de cercanía, que experimenté igualmente cuando la orquesta andalusí de Tetuán interpretó sus nubas en plena Transición democrática española bajo la Alhambra. Doy fe de la emoción del momento. La atmósfera de fraternidad y reencuentro es evidente cuando se habla de "andaluces", de uno y otro lado.

Pero los fasis, la encarnación más recurrente de los andalusíes, son orgullosos. Lo pudimos comprobar al ver que su vindicación del glorioso al-Ándalus, nada tenía que ver con la Andalucía contemporánea, a pesar del revival autonomista español y del surgimiento de un andalucismo político-cultural en el sur ibérico. Leyendo y entrevistando hemos comprobado que los fasis, los más hábiles comercialmente hablando de entre los andalusíes, prefirieron trajinar a lo largo del siglo XX con ingleses, franceses y norteamericanos, antes que con los

españoles, aunque estos fuesen andaluces. Cuando se les pregunta por al-Ándalus, no sé si por ignorancia o por intencionalidad, los fasis ponen siempre en el centro de su vida a las ciudades marroquíes, sobre todo Fez y Casablanca, nunca a Sevilla, Córdoba o Granada. Entre los andalusíes sólo los descendientes de moriscos, generalmente asentados en Rabat-Salé y Tetuán, suelen tener ojos para mirar hacia la Andalucía real. Cuando ellos, descendientes de moriscos, llegan a la Alhambra o la mezquita cordobesa se consideran “en casa”, alimentando su espíritu de nostalgia. Para los fasis “su al-Ándalus” es mucho más abstracto y lejano.

Es más, los andalusíes no son estrictamente musulmanes ni pertenecen al horizonte exclusivamente islámico tal como hoy es concebido. Como muestra sirva el caso de los bildiyyin de Fez, grupo judío de origen ibérico convertido colectivamente al Islam en la Edad Moderna, para no tener que abandonar sus negocios en la medina de Fez. También resulta curioso que a veces los lejanos sirio-libaneses hayan sido incluso más “andalusíes” que los magrebíes, haciendo del mítico al-Ándalus un lugar común de sus poéticas. Muchos de ellos han sido cristianos maronitas, como Habib Estéfano, o drusos, como Shakib Arslán, que se sintieron fraternizados con el ideal andaluz, que incluso traspasaron a la Hispanidad latinoamericana en los años treinta.

Esta pluralidad andalusí no es nueva. Es antigua y han tenido a figuras singulares basculando entre muchos mundos. Así Ibn Rush-Averroes, que creía que los andaluces eran un “pueblo natural”, y por ende “superior”, como los griegos, influyó desde la Sorbona hasta Persia, poniendo por delante la supremacía de la razón sobre la creencia. Véase igualmente la potentísima figura del granadino-fesí Juan León el Africano-Hassan al Wazzan, el autor de la *Descripción General del África*, convertido contemporáneamente por Amin Maalouf en ejemplo de personalidad poliédrica.

Estamos, pues, ante un *leitmotiv* de la memoria, la nostalgia y el mito, que constituye un auténtico “capital simbólico” compartido por varios pueblos y sociedades del Mediterráneo. Lo andalusí, como ideal fraterno es un poderoso motivo de movilización afectivo culminado en la ejecución musical, allí donde se suspenden el tiempo y el espacio para quedarnos sólo con las esencias. No sólo existen todas las orquestas posibles de música andalusí en el Magreb, sino que hay al menos dos orquestas de música andalusí judeo-marroquí en el actual Israel.

Pero, más allá de las emociones, en la construcción del horizonte andalusí existen dos variables. Una, la marroquí con su sistema de “buen gobierno”, donde la monarquía alauita juega un papel esencial, y los fasis como uno de sus pilares esenciales. Prueba de ello es su presencia casi permanente de los fasis en los gobiernos marroquíes, haciendo valer su calidad de elite cultivada. Otra variable es la gestión de la memoria política que realizada desde la Andalucía española propende a enfatizar el “diálogo de las culturas”. Gestionar estos horizontes bajo el marchamo “andalusí”, y llevarlos a buen puerto es nuestra obligación intelectual.

Por eso tiene sentido que España, y en particular la región autónoma de Andalucía trate de reconocer a los andalusíes del “otro lado”, en la misma

medida en que Marruecos reconoce en su Carta Magna, desde el 2011, la realidad cultural “andaluza” en su conformación histórica nacional. Es evidente que compartir un mismo horizonte mítico puede tener grandes ventajas políticas y comerciales. De momento el sentimiento tiende a unirnos. Hace falta que lo hagan los intereses.

* Texto leído el 7 de octubre de 2015 en el Palacio de Carlos V de la Alhambra durante el acto de presentación del libro J.A. González Alcantud & Sandra Rojo Flores (eds.): *Andalusíes. Antropología e Historia cultural de una elite magrebí*, Madrid, Abada editores, 2015.

27 de Agosto de 2015 (19:41 h.)

Turquía: Amores y desamores estivales

José Antonio González Alcantud

EL MARINO Y ESCRITOR JULIEN VIAUD, CONOCIDO LITERARIAMENTE como Pierre Loti, natural de la localidad atlántico-francesa de Rochefort sur Mer, amamantado en un medio protestante, desembarcó en Estambul un buen día de 1876. Liberado de su asfixiante ambiente de origen, de inmediato quedó fascinado por el decadente sultanato otomano. En Estambul vivió días intensos en compañía de una amante con apariencia de ocasional: la circasiana Aziyadé, jovencita de escasamente dieciocho años, casada con un comerciante turco, la cual daría personaje al celeberrimo libro de igual título, quizás el que más gloria otorgaría al escritor exotista. Prendado de la jovencita, con la cual vivió su romántica aventura en Eyoub, en los confines de Estambul, la colina desde donde se puede contemplar en toda su majestad el Cuerno de Oro. Este ardiente amor juvenil llevaría a Viaud a pensar en desertar de la marina francesa y enrolarse en el ejército otomano, buscando morir bajo la bandera de los sultanes.

Omitiendo otros detalles extremadamente interesantes sobre los personajes, podemos concluir que el enamoramiento de Loti no sólo fue de Aziyadé, la circasiana de rostro virginal, sino del Oriente otomano en su totalidad. Hasta siete veces visitó el impulsivo viajero Estambul entre 1876 y 1913. En ese tiempo Loti fue pasando de la condición de un oficial de marina cualquiera a la de literato reconocido. Querido por los otomanos que veían en él un aliado, rendido ante los encantos orientales del país, fue homenajeado por el poder político y las masas turcas en su última visita. Los sultanes, debatiéndose entre la apertura modernizadora y el temor a la desaparición del imperio, lo recibían en privado. Loti respiraba más por la fibra de éstos que del inevitable nacionalismo republicano en ciernes, el cual con Mustafá Kemal “Ataturk” a la cabeza aboliría el sultanato en 1922. Con ello se condenaba el imperio y se salvaba Turquía de la desaparición, sobre todo porque las potencias vencedoras de la guerra mundial hacían juego para repartirse los restos de la Sublime Puerta.

Además, como los muftíes habían llamado a la yihad contra los aliados durante el conflicto se proclamó el estado laico. A pesar de las medidas republicanas y laicistas de Ataturk, y de la guerra que libraron en paralelo los árabes contra los turcos durante la guerra mundial comandados aquellos por el jeque de la Meca Hussein, con el apoyo del coronel Lawrence de Arabia, el Islam continuó estando en la base de la cultura turca. Aún hoy día en el antiguo palacio imperial de Topkapı la República turca sigue poseyendo entre sus propiedades sagradas reliquias musulmanas como la vara de Moisés o una huella del Profeta, lo que señala el firme camino del Islam en Turquía. Un muftí recita sin tregua suras coránicas junto a las reliquias, recordándonos que si el sultanato fue abolido la creencia no.

Un asunto que el agresivo nacionalismo turco no pudo digerir fue el de las minorías, hasta entonces tuteladas por los sultanes bajo el estatuto de *dimmis* o protegidos. Así los cristianos fueron obligados a replegarse en favor de la cultura turca oficial, que habitaba en un extraño

limbo arropado sólo por el militarismo nacionalista. Igualmente, los judíos sefardíes tuvieron que dejar de hablar su lengua secular, el ladino o castellano antiguo, en favor del turco, extrañamente escrito por decreto republicano en caracteres latinos. La tabla rasa sobre el pasado, que incluía un culto abusivo al “padre de los turcos” Ataturk, condujo a traslados de población griega, a opresiones como la kurda o a genocidios como el armenio. Este último ha sido el motivo recurrente hasta el presente de la enemistad entre los franceses, y algunos otros como los brasileños, y los turcos. El genocidio armenio sigue ahí tan amenazante como tabú para Turquía. Y es empleado a menudo en su contra. De hecho, en el museo de la Shoah, de París, puede verse este verano una exposición sobre el genocidio armenio, equiparado de esta manera al hebreo.

Lo cierto es que pocos europeos han amado a Turquía. Loti amó al sultanato, cierto, pero de la época republicana resulta mucho más difícil encontrar querencias. Bajo un régimen u otro Turquía, encarnando todos los malos estereotipos, siempre se ha presentado como el “problema de Europa”.

Pues bien, hacía treinta años que no visitaba Turquía. En tanto turista la he encontrado algo cambiada. Quizás Estambul, convertida ahora en una mega urbe, sea quien más haya sufrido esas transformaciones. El nivel de vida actual como el de antaño es óptimo, y yo diría que infinitamente mejor que el sufridísimo griego. Lo cual indica que el euro lo único que ha hecho es castigar a quienes lo han adoptado, proporcionándole pocos beneficios. Turquía vive muy bien con sus monedas de lira.

Pero en los bajos fondos de la sociedad se perciben movimientos: mientras en el Asia Menor o Capadocia parecen subsistir los restos de la laicidad de Ataturk, y se bebe cerveza y vino en la misma medida en que se oyen escasas llamadas a la oración de los altomacines, en Bursa, que alberga la quinta mezquita santa del Islam, no se ve un solo europeo deambulando entre su millón largo de habitantes. Recuerdo la Bursa de hace tres décadas por sus aguas termales y sus representaciones del karagöz, el teatro de sombras turco, pero ahora me he sentido ajeno, extrañado, por sus calles y mezquitas, rodeado de mujeres súper veladas y hombres barbudos, muchos de ellos árabes de vacaciones.

Dicho esto, simplemente me cabe concluir que Turquía, sacando músculo militar contra los kurdos, y sólo en apariencia contra los yihadistas, se enfrenta a una nueva encrucijada política, cuya mala resolución, intentando abolir las diferencias y problemas internos en nombre del pegajoso nacionalismo ataturkiano, vamos a pagar todos. A veces pienso que Loti tenía razón con su apego al viejo y decadente imperio de la Sublime Puerta.

05 de Agosto de 2015 (12:49 h.)

Fez la andaluza a la luz de su festival

José Antonio González Alcantud

05 de Agosto de 2015(12:49 h.)

LA PRIMERA CIUDAD MARROQUÍ QUE ENCONTRÉ CASI POR AZAR hace treinta y cinco años fue Fez. Entré en su medina un frío día de invierno, me alojé en un antiguo fonduk, y descubrí deambulando por sus callejuelas, como tantos otros viajeros de antes y después, un mundo que creía periclitado de puro oriental. El martilleo laborioso de sus artesanos, cuyas diminutas tiendas rebosaban productos tradicionales, llegando hasta la mismísima puerta de Bab Boujloud, al contrario de hoy día cuando los productos manufacturados chinos o europeos han invadido buena parte de este espacio, me quedó grabado en la memoria para siempre. Permanece entre mis recuerdos indelebles como un soniquete rítmico y agradable, suerte de

martinete oriental que alude a la digna paciencia del trabajador manual. Eso significaba, por lo demás, otro tiempo y espacio, otro “ritmo” del mundo, más ancestral, más denso, más bíblico. Otra idea de ciudad, muy alejada de la mía, Granada, entonces en acelerada mutación modernizadora por la Transición recién comenzada.

En el siguiente encuentro con Fez, muchos años después, intervino la literatura. Había leído ahora mucho sobre la ciudad sagrada y hermética del Islam norteafricano, hasta el punto que veía por doquier las apreciaciones de viajeros estetas finiseculares como Charnes, Loti o Gómez Carrillo. Todos ellos abundaban en la idea de ciudad crepuscular, donde atmósfera que envolvía Fez lo hacía como una envoltura decadente, de atardeceres de tonos rojizos, bajo los cantos solemnes de los almotacines llamando a la oración del magrib, presididos por los ecos lejanos del imponente “¡Alah Akbar!”. De Enrique Gómez Carrillo, un guatemalteco inquieto, modernista a la vez que amante del viaje exotista, hice por aquel entonces una edición de su libro “Fez la andaluza”, publicado inicialmente en los años veinte. Gómez Carrillo leía todo imprescindible del lugar que visitaba, al contrario de Pierre Loti que presumía de no leer nada. La descripción de Fez en 1926 de Gómez Carrillo estaba plagada con citas y alusiones literarias a sus predecesores, incluido Loti. Como punto de vista original tenía en su haber su sensibilidad latina, que lo hizo sentirse cómodo en la ciudad, y superar la distancia exotista. De ahí, su tino para sobrenombrar a Fez como “la andaluza”. Me divertí mucho mientras entre las baldas atiborradas de libros de la Widener Library de Harvard escribía el estudio preliminar de la reedición del libro de Carrillo con la mente puesta en la lejana Fez. Luego vinieron otros acontecimiento que omito, que me han hecho estar unido sentimental y personalmente a Fez en los últimos tres lustros.

En otro orden, en este año 2015 se cumplieron veinte y una sesiones del Festival de Músicas Sagradas de Fez. Fui invitado al paralelo Fórum de Fez, en esta ocasión, como el conjunto de su festival, consagrado a África. Y dentro del mismo lo fui a una mesa redonda consagrada a Hassan al Wazzan al Fassi, también conocido como Juan León el Africano. El personaje en sí mismo es todo un mundo. Que sepamos, nacido en Granada en las postrimerías del reino nazarí, emigró como tantos otros andaluces ibéricos lo habían hecho antes y lo harían después, a Fez, donde se aclimató perfectamente llegando a ser conocido como “al fassi”. Nada de extrañar en la medida en que las familias reales de Fez, los meriníes, y de Granada, los nazaríes, estaban estrechamente emparentadas. De hecho ilustres granadinos, como el polígrafo Ibn al Jatib, cuya extensa obra aún espera una edición definitiva, o el sultán Muhammad XII conocido como Boabdil, cuya figura exige una biografía definitiva aún no abordada, terminaron sus días en Fez. Pues bien Hassan al Wazzan, fue víctima de la piratería siendo capturado en mitad del Mediterráneo, como Cervantes lo sería años después, y acabó prisionero en el Castelo de Sant’Angelo de Roma, al servicio del papa León X, destacado Medicis. Hassan debió practicar la ocultación o taqiyya, recomendada por los ulemas en caso de caer en manos enemigas, pues a pesar de su aparente conversión al catolicismo volvió a la fe de sus ancestros, retornando al norte de África, donde falleció en la fe de Muhammad. Hombre de muchos mundos, como era frecuente entonces, la excepción de León el Africano o Hassan al Wazzan, fue que escribió una “Descripción de África”, más exactamente del norte de África, que ha servido de auténtico manual de exploradores hasta mitad del siglo XIX, incluso para servir de guía al explorador René Caillée para alcanzar Tombuctú en 1828. Entre las páginas más detalladas e intensas de El Africano siempre habremos de tener en cuenta las que dedicara a Fez, lugar donde ahora, en este Fórum de 2015, se le rescata, y de donde he podido comprobar que casi todo el mundo pensaba que era natural de allí, por esa identificación tan estrecha con la ciudad. Figura tan interesante como la de León el Africano tenía que inspirar la novelística y así lo hizo cuando el Amin Maalouf lo tomó como héroe de la novela histórica de igual título, salida a la luz en 1986, que ha sido, además, la que más celebridad ha otorgado al prolífico autor libanés.

Aunque yo particularmente tengo cierta aprensión hacia la novela histórica –cuando joven ni siquiera conseguí terminar por tediosa la célebre “Ivanhoe” de Walter Scott, el inicio y modelo del género–, he de reconocer que Maalouf consiguió darle una forma atrayente al personaje, sin traicionar la historia misma, y convirtiéndola en argumento pleno de contemporaneidad. Parece ser que Maalouf manifestó en algún momento que el tema estaba allí, casi de incógnito, reclamando poner una pluma a su servicio. Y él puso exitosamente la suya. Ello, interpreto, porque el tema de una persona que no está fijada con un alfiler como una mariposa disecada,

no son ni la “etnia” ni la “nación”, las “identidades asesinas” que las llamó el propio Maalouf, sino las “identidades plurales”. Si bien, esta movilidad y pluralidad no le impide conservar sus fidelidades al sujeto, como se ve en la actitud última de León retornando a África y dejando con dos palmos a narices a la corte romana, o en la de Cervantes marchándose de Argel, donde tenía un estatuto y unas libertades indiscutibles, a pesar de estar teóricamente en las “prisiones” argelinas, para sufrir las verdaderas prisiones inquisidoras en su propio país. Sólo esas profundas “fidelidades” pueden explicar la tendencia última a volver a la patria cuales Ulises de la Edad Moderna. Desde luego, yo siempre preferiré el verismo historiográfico de la gran biografía de Natalie Zemon Davis; pero no por ello, repito, la obra de imaginación histórica de Maalouf está por debajo de ella al haber capturado, sin traicionar la realidad, la “atmósfera” de la época. Esa es su virtud.

De hecho en el Fórum de Fès se puso encima de la mesa la posibilidad analítica que tiene todavía la figura de Hassan al Wazzan, conocido en su época como el garnatí o el fesí, según, las circunstancias, y finalmente como el africano. Y ello vino corroborado por el anuncio hecho allí de que pronto verá la luz cinematográfica una película dirigida por el mauritano Abderrahmane Sissako, el director de “Timbuktu” (2015), que actualizará, con toda seguridad la problemática en términos que nos interpelan directamente a los modernos.

Y todo esto ocurría en Fez, en el palacio Batha, en un ambiente agradable, bajo un gran árbol, donde se posaban los pájaros para cantar mientras hablábamos y cogitábamos, como en las viejas fábulas moralizantes y fantásticas de la tradición oriental. A mi vuelta a Granada, una ciudad con un punto de decadencia tensa en estos momentos, que sólo puede satisfacer ya al turismo de masas, yo pensaba en la vitalidad actual de Fez, con una cierta envidia. Lo interesante de todo, al fin y a la postre, es que se mantengan esos viajes de ida y vuelta, ora aquí ora allí, que hagan que las culturas de Mediterráneo –ese mar-metáfora de la doliente y esperanzada Humanidad- se mantengan vivas, y en primera línea de creación y pensamiento. Por ahora, Hassan al Wazzan seguirá dándonos que pensar... Gracias Fez.

09 de Junio de 2015 (13:19 h.)

..

La mezquita-catedral de Córdoba en la usura del tiempo

José Antonio González Alcantud

09 de Junio de 2015(13:19 h.)

EL VISITANTE, AUNQUE NO SEA CREYENTE, QUEDA EXTASIADO admirando ejemplos de moderna arquitectura religiosa como la original iglesia de San Joseph de la ciudad francesa de Le Havre. El templo primitivo fue destruido durante los bombardeos alemanes, al igual que todo el centro histórico de la ciudad, y una vez puesto a reconstruirlo bajo la dirección del arquitecto Auguste Perret, un defensor acérrimo del hormigón y de sus bellezas, se levantó una nueva ciudad moderna que ha merecido el título de “patrimonio de la Humanidad”. En ella destaca el aludido templo coronado por una suerte de rascacielos que emula las torres góticas, el cual en su oquedad interior está pleno de una extraña luminosidad. Los folletos turísticos hablan del “vértigo estético y espiritual” que provoca su contemplación. En

una segunda escena, contemplo por azar los oficios del Sábado Santo en un monasterio benedictino a las orillas del Sena, el de Saint Wandrille. Al entrar en la librería de la abadía entre las últimas novedades hay algunos libros muy recientes escritos por los monjes del lugar, y más en particular un tratado sobre la acedia, o depresión de la hora nefasta, del mediodía, escrito por el propio abad. Todo esto me reafirma en lo que veo desde hace años: que al catolicismo francés le benefició la laicidad del estado, proclamada por ley en 1905. Los fieles no están por conveniencias culturales. Se han tomado en serio su fe y la renuevan estética e intelectualmente, como querían incluso arabistas católicos neomísticos como Louis Massignon.

Sin embargo, el catolicismo español, que lleva estancado estética e intelectualmente largo tiempo, me parece que no está a la altura de nuestro tiempo. Uno de los últimos esfuerzos por renovarlo vino de Gaudí y su proyecto inacabado de la Sagrada Familia barcelonesa, idea que en buena medida quiso trasladar a Tánger cuando aún era colonia. Las iglesias están vacías, y los obispos y canónigos se enquistan en posiciones numantinas. Como la que concierne a la mezquita-catedral de Córdoba.

No es el momento de hacer historia del monumento patrimonio de la Humanidad, pero lo cierto es que la parte más noble y valorada del mismo es el conjunto inigualable de la mezquita omeya. Los cristianos tras la conquista de la ciudad en 1236 la volvieron a consagrar, sin llegar a demolerla. El cabildo catedralicio intentó derruir la mezquita a principios del siglo XVI, pero la oposición firme de la ciudad y sus autoridades, arropados por la monarquía, lo impidió. Es célebre la orden del emperador Carlos V amenazando que bajo pena de muerte no se tocase ni una sola piedra del conjunto omeya. Y célebre es también la leyenda que sostiene que el mismo emperador se lamentaba de la autorización dada por él mismo para realizar las reformas internas que dieron lugar a la actual catedral renacentista inserta en el corazón de la mezquita. Muchas son las voces que sostienen que desgraciadamente no hay equivalencia posible entre la calidad artística de la mezquita y la de la catedral. Incluso quiero recordar que en pleno franquismo un arquitecto conocido, Fernando Chueca Goitia, sostenía que había que sacar la catedral del bosque de arcos para devolverle a la mezquita su esplendor inicial.

Esta situación de propiedad privada de la mezquita cordobesa en manos de la iglesia católica, donde los ingresos por el turismo van a sus manos, y el cuidado y restauración corren a cargo del gobierno andaluz, se ha dado incluso en tiempos, casi veinte años, de gobernanza comunista de Córdoba. El asunto no deja de ser intrigante y llamativo.

Hace relativamente poco tiempo la caja de Pandora se ha abierto, a raíz sobre todo de que los gobiernos conservadores españoles, tanto en el de Aznar como en el actual, han permitido a la Iglesia católica “inmatricular”, es decir inscribir en los registros de la propiedad inmobiliaria, aquellos bienes que considerasen que son o han sido suyos. O simplemente que los reclamasen para sí sin ninguna oposición, sobre todo habida cuenta que las inscripciones se han hecho con el mayor de los sigilos, sin que nadie se enterase. De esta manera la Iglesia católica en España ha podido apropiarse de bienes que son suyos legítimamente, pero también de otros que no lo son o cuya propiedad o gestión son discutibles. Este es el caso de la mezquita cordobesa, que no solamente no ha ido secularizándose, conforme al espíritu de los tiempos, sino que ha ido re-catolizándose. Los visitantes extranjeros sospechosos de cualquier posibilidad de hacer oraciones islámicas son sometidos en sus visitas a una estrecha vigilancia por parte de los guardias de seguridad, y los elementos ornamentales católicos han sido intencionalmente

reforzados, hasta el punto incluso que el nombre de “mezquita” ha sido borrado de los buscadores de Google y que se considere en los folletos divulgativos de época islámica una “intervención” en el seno de una supuesta catedral o iglesia preexistente. El absurdo conceptual ha ido en aumento, hasta hacerse risible, pero la parte seria es que la Iglesia cordobesa, que en tiempos islámicos se caracterizó por inclinaciones suicidas –el beato Álvaro de Córdoba, representante de la comunidad mozárabe en pleno siglo IX se entregó a los cadíes insultando a su Dios para que lo ejecutasen y así alcanzar la gloria del martirio–, ha ido “inmatriculando” en los últimos ocho años todo lo que ha podido, incluidas plazas públicas por el simple hecho de que hubiese un Cristo o una Virgen en ellas. De todo ello acaban de dar cuenta numerosos diarios y revistas de todo el mundo, como la influyente revista norteamericana “Foreign Policy” en este mes de abril.

A lo anterior hay que añadir la existencia de una importante comunidad islámica en Córdoba, el alza del turismo musulmán, la presencia incluso de una Casa Sefarad en el barrio de la antigua judería, etc. etc. Y sobre todo que un bien patrimonio de la Humanidad de esta categoría no puede estar en manos privadas. Las autoridades españolas y andaluzas están obligadas a buscar una solución a esta antigua y celeberrima mezquita. La Iglesia católica española debe comprender mirándose en el espejo galo que la secularidad le ha de venir de perlas para renovar su legítima fe sin atender contra la razón común de creyentes de todas las tendencias, y de los agnósticos de hecho, hoy por hoy la mayor parte de la población hispana. El tránsito a la modernidad plena así lo exige. ¡Ojalá Córdoba se viera ornada por una catedral de estilo contemporáneo acorde con las nuevas sensibilidades, como la mencionada iglesia de Le Havre! Y la mezquita fuese contemplada como lo que es: el testigo de la usura inevitable del tiempo, que nos concierne en tanto humanos a todos, creyentes o no creyentes, como patrimonio común.

La actualidad, Voltaire y el Islam

José Antonio González Alcantud

02 de Marzo de 2015(13:01 h.)

TODO ACTO TERRORISTA BUSCA TRASLADARNOS a una suerte de “trauma de guerra”, en forma de pesadilla, de marcada irrealidad. Lo hizo el 11-s y lo han venido a reafirmar los actos subsiguientes. Recuerdo que cuando en el 2001 miré por vez primera las imágenes televisivas de las Torres Gemelas ardiendo y derrumbándose pensé espontáneamente que se trataba del fragmento de una de tantas películas que tienen por escenario Nueva York y que cargan las tintas en el apocalipsis urbano. A los pocos días de aquel atentado almorcé a solas con el gran antropólogo especialista en los mundos contemporáneos Marc Augé, autor de un libro dado a la luz poco antes titulado *La guerra de los sueños. Ensayos de etnoficción*. En este volumen Augé sugiere que los conflictos en ciernes nos producen ensoñaciones en forma de pesadilla que anteceden a la realidad. Tienen algo de proféticos. Le pregunté a Augé, a la luz de los acontecimientos y el alto contenido simbólico del atentado de Nueva York, si nos encontrábamos en una fase culminante de la “guerra de los sueños”. Recuerdo su contestación: sí. Pocos años después cuando nos vimos sumergidos en la atmósfera

irreal del 11-m volví a pensar en el meditado cálculo simbólico de quienes se consagran a estos menesteres siniestros. No es un enemigo cualquiera el terrorismo actual: quienes dirigen el operativo conocen el lenguaje de signos y símbolos en profundidad, amén del de las armas. Nos han estudiado, quizás más que nosotros a ellos, y conocen entre otras debilidades del modo de vida occidental nuestro apego a la vida buena.

París es justo la capital de la vida buena. Tiene mal clima pero tiene una bien lograda atmósfera de confort, bohemia, estudio, negocio, y paisaje urbano inigualables. Manuel Chaves Nogales en su magnífico libro *La agonía de Francia*, escrito al inicio de la II Guerra Mundial, hacía una insinuación sobre por qué París se había dejado conquistar por los alemanes sin prestar resistencia: para salvarse de la destrucción dada su alta autoestima. Sea como fuere, París es una megalópolis poseída de sí misma, que a todos mal que bien nos ha ido conquistando en algún momento de nuestra vida. Pero París es frágil, por su mismo apego a la buona vita, y en medio de la crisis mundial que vivimos estaba mirando hacia otro lado cuando ha despertado de repente a la irrealidad y a la pesadilla.

Para comprender un poco siquiera lo que está pasando hay que mirar hacia atrás. Y en el pasado parisino hay muchas claves que van desde la guerra de Argelia hasta la crisis contemporánea de los barrios periféricos plenos de migrantes magrebíes. Pero hay que mirar aún más lejos, a la manera como Juan Goytisolo mira a la historia española, sin pararse en el obstáculo opaco de la guerra civil. Al menos nuestra mirada tiene que llegar hasta los albores de la Revolución francesa, hasta mitad del siglo XVIII.

Allí nos espera Voltaire. El filósofo de la tolerancia estudió en el Colegio de San Luis el Grande, regido por los jesuitas. Absorto en los asuntos del fanatismo católico se topó con el affaire Jean Calas, un crimen pasional de naturaleza religiosa acontecido coetáneamente en el seno de una familia dividida hasta el fanatismo por las luchas entre hugonotes y católicos. Voltaire escandalizado de que un padre pudiese matar a un hijo por ideas religiosas disímiles decidió apostar decididamente por la idea de tolerancia. En el subsiguiente Tratado de la Tolerancia escrito por el filósofo, sin embargo, no hizo alusión a la religión que más nos preocupa hoy, al islam. Es más, la palabra islam en su tiempo ni siquiera se empleaba; en su lugar los europeos hablan de “mahometismo”. Sin embargo, el islam, en cuanto religión era ampliamente conocida de los hombres de la Ilustración. Generalmente se le identificaba con el mundo turco y persa; Montesquieu había dado testimonio de ello en las *Lettres persannes*, a través de Usbek, un iraní que visita París y transmite sus impresiones a sus lejanos parientes y amigos. La evolución de la imagen del profeta Mahomet o Mahometo, en expresión de la época, fue evolucionando de una suerte de anticristo, tal como se le representaba en la literatura tardomedieval, a la un impostor. Esta sutil diferencia establecida a través de las obras de Adrian Reland y Georges Sale, autores que precedieron a Voltaire, sostenía que el mahometismo era una religión con principios de racionalidad muy sólidos, aunque al final hubiese tomado una dirección equivocada. Algunos además aprovecharon para señalar que el islam había sido perseguido por los católicos, al igual que éstos lo habían hecho con los protestantes. De esta guisa se establecía una corriente de simpatía entre protestantes, musulmanes e incluso judíos, hermanados en la persecución.

No obstante haber leído los textos de Reland y Sale, que buscaban poner un cortafuego a los estereotipos circulantes, la primera reacción de Voltaire fue incluir al islam entre

las religiones “fanáticas. Esta opinión la desarrolló Voltaire en su obra dramática *Le fanatisme ou Mahomet le prophète*. Sin embargo, tras profundizar leyendo más y más sobre el asunto la opinión de Voltaire fue girando hacia una comprensión de la figura de Mahoma, que acabó por concebir como un reformador social que frente a la intolerancia encarnada en Europa tuvo más en consideración el respeto mutuo. Hay incluso quien benévolamente piensa que Voltaire más que descalificar al islam lo que pretendía era atacar a la clerecía cristiana. Ello se manifiesta sobre todo en el *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations* cuando habla de las cruzadas y los acontecimientos de España, con la Inquisición como telón de fondo. A Voltaire, pues, lo que le preocupaba no era en sí la religión sino el “fanatismo”, concepto al cual dedicó una entrada en su diccionario filosófico, y donde asociará el fanatismo a la ignorancia, la mayor lacra para los ilustrados creyentes en la supremacía de la razón.

Hace escasamente cuatro años recuerdo que asistí en París, en ópera Garnier, a la premier de la ópera de Mozart, *Idomeneo, rei di Creta*. En el libreto de la misma, que es un canto ilustrado a la tolerancia, al final se corta la cabeza a cuatro iconos de las grandes religiones, Poseidón, Buda, Mahoma y Jesús. No sé qué organización fanática había amenazado con atacar la representación de la obra de Mozart cuando en el 2006 se había planificado en Alemania su representación. Yo esperaba en esta ocasión que Francia fuese valiente, pero cuál fue mi decepción cuando el final de la ópera había sido modificado. Oh gran error los organizadores habían amagado. Leí en varios artículos del programa de mano se vertían no sé qué justificaciones sobre esta variación, que no tenía otro sentido que dar satisfacción mediante la autocensura, a los fanáticos.

Por pura casualidad hace pocos días, muy pocos antes del actual desastre parisino, tenía en mis manos unos ejemplares de Charlie Hebdo con las célebres caricaturas que me había regalado, como una pura curiosidad, una amiga; al manosearlos pensaba en lo absurdo del asunto. Supuesto que haya una prohibición de representar al profeta Mohammed, una gran figura de la Historia, un reformador social también, sin lugar a dudas, esa prohibición concierne exclusivamente a los musulmanes. A los demás, creyentes o no, no nos va. Lo que no entiendo es el porqué de esta resurgencia del fanatismo, se me escapa tanto como a los intelectuales que vieron venir las consecuencias del nazismo en Alemania. Lo veo y lo analizo, pero sigo sin comprender esta pulsión suicida de una parte de la Humanidad. Llegados a este punto de poco sirven las palabras, desgraciadamente. Sólo se me ocurre afirmar que Voltaire sigue vivo, quizás por cómo describió imperecederamente al fanático y su enfermedad: “El fanatismo es a la superstición lo que el delirio a la fiebre y lo que la rabia a la cólera. El que padece éxtasis y visiones, el que toma los sueños por realidades, y las imaginaciones por profecías es un exaltado; el que confirma su locura con un crimen es un fanático”. Y eso basta.

Tomas y milenios: Conmemoraciones incómodas para andaluces y marroquíes

José Antonio González Alcantud

LOS REYES CATÓLICOS CONCIENTES DEL VALOR DE LA FAMA, que concebían como todos los príncipes de la Edad Moderna asociada a la memoria, mandaron celebrar sus victorias frente al poder musulmán en la península ibérica con actos rituales conmemorativos. Son las llamadas “Tomas”. La más afamada de todas ellas fue la de la Granada nazari, ocupada su ciudadela de la Alhambra gracias a la traición del sultán Boabdil que la entregó al poder castellano a cambio de privilegios, abandonando a la población musulmana a su suerte. Cada año desde que fuera instituido en 1492 el ritual los dos de enero se repite en la ciudad andaluza. De ser un hecho sin la mayor trascendencia pública, como no sea que acudía a él un escaso puñado de ciudadanos curiosos, y sin el menor atisbo de humillación a los musulmanes, desde hace un cuarto de siglo la Toma de Granada se ha convertido en una cita anual de personas ajenas a la ciudad, agrupados en bandos de extrema derecha católica y de izquierda laica que aprovechan la expectación mediática para insultarse, de momento sin pasar a las manos. Este circo sin sentido oculta, sin embargo, que Granada desde hace bastantes años posee, por ejemplo, una mezquita enclavada en el corazón del moruno barrio del Albayzín, que pudo ser inaugurada -otra paradoja- gracias a un gobierno municipal conservador, y que existe igualmente en la ciudad una amplia comunidad musulmana autóctona, amén de un número importante de marroquíes, que viven a diario en la más completa armonía con los herederos de los “cristianos viejos” y de otras muchas comunidades religiosas o culturales, circunstancia propia de cualquier ciudad cosmopolita. Como los periódicos reflejos mediáticos de la Toma me producen indiferencia llevo muchos años sin acudir a la misma, a pesar de habitar habitualmente en la ciudad andaluza. Creo que con esto, además, comparto la actitud repetida de los musulmanes granadinos hacia la Toma: la indiferencia.

Los Milenios es otra forma, más directa, actual y en el fondo más problemática, de vivir la Historia. Respecto a la regla contemporánea de celebrar hechos históricos a veces olvidados, aprovechando los cuales se moviliza una sociedad para lograr réditos turístico-culturales, hemos de señalar que estas conmemoraciones suelen servir de la mano de los eruditos y sabios para actualizar el hecho y su significación. En el año 2013 se conmemoró en Granada la fundación milenaria del reino bereber zirí granadino. Se anunciaron varios años antes grandes fastos con ese motivo. Al coincidir con la indeseada crisis económica la programación, si es que alguna vez la hubo, quedó prácticamente en nada. Finalmente, el Milenio de Granada se redujo a dos exposiciones, una sobre la ciudad hispanomusulmana de Medina Ilibira, recientemente excavada, y otra en la Alhambra, miscelánea sobre este monumento, con algunas importantes piezas traídas de otros museos. Nada más, ni siquiera un buen libro o congreso. Bueno, a fuer de justos añadiremos que bajo el logo del Milenio se patrocinaron varios conciertos de música pop y un campeonato de baloncesto. Un verdadero contrasentido por no tener ninguna relación con lo conmemorado. La directora de aquel engendro, alérgica a todo lo que oliese a tinta de imprenta, fue enviada como premio a su ineptitud como delegada del gobierno andaluz a Bruselas.

Ahora, en diciembre último, un grupo de profesores almerienses me invitaron a pronunciar una conferencia en el marco de otro Milenio, el del reino taifa de Almería, que conoció momentos de esplendor durante varios lustros. Aprovecharon para contarme que la iniciativa, encabezada por la activa Asociación de Amigos de la Alcazaba almeriense, la habían tomado ellos, sin apoyo oficial casi, ya que el gobierno regional, aduciendo una vez más insuficiencias presupuestarias, los había ignorado. Fue

una velada concurrida y agradable, en la que pude comprobar una vez más que si para algo deberían servir los Milenios es para ayudar a encajar la historia islámica de la península ibérica con la maltrecha narración histórica española. Y también sirvió para que los presentes expusieran sus quejas sobre la falta de sensibilidad y respeto de las autoridades políticas para con las iniciativas de la llamada sociedad civil. Prueba de esa falta de respeto ha sido este fin de año el mensaje oportunista de la presidenta andaluza desde la alcazaba de Almería tras no haber hecho nada por el Milenio de la taifa. En este punto de mi intervención argumenté ante el público almeriense, que creía que Andalucía tiene un déficit de sociedad civil, que se hace notar en la pobre vida política de la región, y que en Marruecos, por las razones que fuere, encontraba que esta civilidad era más activa y atrevida. Debían en consecuencia aprender los andaluces de los marroquíes, dejando de lado toda arrogancia.

Tomas y Milenios, sugiero, debieran servir para mirarnos en los espejos deformantes de nuestras historias, la marroquí y la andaluza, sin menoscabo de las particularidades de cada cual, dando el protagonismo al hombre de la calle, portador del sentido común, que está lejos de excitarse con luchas de moros y cristianos, o viceversa, y sobre todo de caer en las trampas del poder político que todo lo instrumentaliza. Así dejarán de ser incómodas conmemoraciones para pasar a convertirse cómodas celebraciones.

Caminos contemporáneos del arte marroquí

José Antonio González Alcantud

12 de Octubre de 2014(11:34 h.)

EN TIEMPOS PRETÉRITOS, CUANDO EL COLONIALISMO IMPONÍA sus leyes en Marruecos y la figura mayor del mariscal Lyautey sobrevolaba todo, se adoptaron dos políticas respecto al arte marroquí: la primera, consistía en anclar todo lo referente al arte, y por ende a la artesanía, su verdadero sostén en las medinas y campos del reino, a la tradición. Por aquel entonces los productos artístico-artesanales marroquíes de calidad sólo podían ser exportados si poseían una estampilla otorgada por el protectorado que verificaba su autenticidad, tanto en diseño como en los materiales utilizados. Quienes adoptaron esta política tenían la intención, quizás bien intencionada, de mantener el país firmemente unido a la tradición.

La experiencia previa argelina, con la disolución de sus artesanías, había generado un verdadero problema de orden social en aquel otro país magrebí. Con este proteccionismo se quería eludir la debacle social y artesanal argelina. La segunda tendencia quería innovar. Se consideraba por parte de las autoridades protectorales que hacía falta sacar al arte marroquí de su sopor, e inducirlo a buscar nuevos modelos más cercanos al modernismo cultural europeo. Los resultados en este dominio fueron menos

espectaculares, sin lugar a dudas. Lejos quedan ya esos tiempos y sus particularidades, pero la problemática del arte, ayer como hoy, sigue viva en Marruecos.

En estos días, me contaba un artista marroquí con taller en Casablanca, cuya obra es muy valorada en el exterior, que quizás en el últimos tiempos con el fin de modernizar se haya adoptado un esteticismo hípermodernista algo vacuo, que pretende acelerar la evolución propia de los creadores de Marruecos, poniéndolos un poco artificiosamente al nivel vanguardista de otros países, sobre todo europeos, dando como resultado una especie de decorativismo modelado al gusto de las elites. De otro lado, la realidad local, soportada por el pueblo, no quiere romper totalmente con la tradición artesanal, a veces volcada exclusivamente al turismo. Existe, pues, una fractura, entre modernismo elitista y tradición popular.

Vi una exposición no muy atrayente de los alumnos de una Escuela de Bellas Artes marroquí, que enfrente de su edificio posee una espléndida iglesia católica abandonada e infrautilizada, que ahora sirve a eventos sociales sin relación con el arte. Bastaría con poner en relación ambas cosas, la escuela, plena de jóvenes, y el espacio inerte para que el salto performancístico a que invita se realizase. Pero ambos compartimentos coexisten en el corto espacio de dos aceras opuestas sin que nadie logre ponerlos en contacto. Deduje que faltaba imaginación y quizás valentía.

También es cierto que faltan historiadores del Arte en las universidades marroquíes, y que esta disciplina se considera prescindible en los medios académicos magrebíes. Mis colegas españoles y franceses se extrañan por esta anómala situación. Hace un año intentamos ayudar a constituir el comité marroquí del prestigioso Comité Internacional de Historia del Arte, radicado en París, y he de decir que quedé sorprendido por el escaso eco de la iniciativa.

Y a pesar de esa primera impresión algo tibia, Marruecos hierve en deseos de construir arte moderno, sin que sea necesariamente elitista o para el consumo turístico. Ahora mismo en la capital francesa comienza el año del arte marroquí contemporáneo con una exposición que se inaugura en el Institut du Monde Arabe el 15 de octubre. Los responsables, con los que he hablado, han comprobado que Marruecos existe una gran efervescencia artística, y que la mejor cosecha procede ya de los autodidactas. Es evidente que el arte, las artes en plural, incluido el cine, y no solo la pintura, van a constituir, o ya están constituyendo un mecanismo de expresión poético-estético de una enorme potencia en el Marruecos actual. Y lo curioso es que este movimiento está emergiendo sin apoyo ni interferencias occidentales, sobre unas bases propias que quizás cuestionen muchas tradiciones. No estoy seguro ni siquiera que se habrá de respetar el estatuto religioso de la imagen, ya que los jóvenes marroquíes, casi con un sentido parecido al de los futuristas italianos de hace un siglo, probablemente acaben queriendo una ruptura con las artesanías y con su conservadurismo estético. El tiempo lo dirá, pero lo cierto es que los marroquíes, liberados de los clichés de la época colonial, van camino del encuentro con una estética poscolonial, que ha de interesar al mundo.

Imágenes fotográficas de la frontera líquida

José Antonio González Alcantud

06 de Julio de 2014(13:14 h.)

“FRONTERA LÍQUIDA”: ESTE ES EL TÍTULO de las exposiciones fotográficas que pueden contemplarse simultáneamente este verano en el Centro de Arte Moderno de Tetuán y en el Museo de Cádiz, y que es una apuesta de futuro exitosamente lograda. Se trata del resultado, plasmado en ciento cincuenta instantáneas, de un proyecto de los llamados “transfronterizos”, que se presenta bajo el nombre de “*Rimar*”. Ciertamente que estos proyectos transfronterizos, debido a sus múltiples dificultades, unas veces se alzan con el éxito y otras veces no. Sin necesidad de extendernos sobre el particular alguno de ellos se encuentra bajo investigación judicial en España por el mal uso de los fondos destinados al desarrollo de las relaciones culturales, y de paso comerciales, entre Andalucía y el Rif-Yebala. No cabe pues la autocomplacencia. Pero en este caso, con el “*Rimar*”, el éxito está asegurado ya que dos veteranas y prestigiosas instituciones dependientes del gobierno regional, como son el Instituto andaluz del Patrimonio Histórico, radicado en Sevilla, y el Centro Andaluz de la Fotografía, anclado en Almería, han logrado dar fin a su cometido con el auxilio ineludible de las autoridades tetuaníes: digitalizar los fondos fotográficos - veinte mil fotos - procedentes del archivo del Protectorado y que son conservados en la biblioteca de Tetuán.

Buena parte de los documentos fotográficos digitalizados, y la selección expositiva, son fotografías oficiales, muchas de ellas propagandistas, de la benefactora acción cultural de España - una colonización que comenzó mal, con la guerra del Rif de telón de fondo, y terminó bien, con acuerdos, al contrario de la francesa, que comenzó bien y terminó fatal - pero otras están realizadas con ojo etnográfico, muy de la época. En estas últimas se recogen moussen y aspectos costumbristas de la vida diaria ante todo de Tetuán y su área circundante. En los años veinte, treinta y cuarenta, la fotografía se fue alzando a la vez que el cine documental – piénsese por ejemplo en el épico y etnográfico a la vez “*Romancero marroquí*”, que se rodó de manos de un republicano español y terminó siendo montado en los estudios nazis de Berlín - en el instrumento esencial de penetración de la modernidad imaginaria. Los interventores civiles y militares del lado español, conscientes de ello, tenían su propio proyector cinematográfico, que paseaban por las cábilas durante el verano. Por supuesto que había existido una amplia panoplia de fotógrafos con estudio en Tánger desde mitad del siglo XIX, y que el sultán Muley Abdelaziz a principio del XX se había lanzado hacer fotografías él mismo, dado que no tenía muchas cualidades como dibujante. Pero no obstante esos antecedentes la edad de oro de la fotografía coincide de pleno con los Protectorados de las tres décadas citadas.

El interés actual por la fotografía es muy alto tanto en Andalucía como en Marruecos, y ello ha traído consigo la imperiosa necesidad de mirar hacia atrás, recuperando fondos y autores antiguos. Hace pocos días durante una visita a Marrakech pude comprobar que desde hace escasamente cinco años existe en su medina una Maison de la Photographie, una iniciativa privada como casi todas las de carácter museístico en esta ciudad, que tiene una gran cantidad de visitantes. Las boutiques para turistas de Marrakech están repletas de reproducciones de fotografías antiguas, tirando conceptualmente para el sepia, o sea al culto a la nostalgia, editadas como cartas postales por esta Maison de la Photographie. Su sola presencia y éxito nos sitúan en un eje de coordenadas donde la fotografía orientalizante es garantía segura de atención turística.

La fotografía y el orientalismo han dado mucho de sí en el pasado. Recordemos aquellas postales argelinas de mujeres autóctonas con los senos desnudos, prefiguración de las erotizadas odaliscas, que se vendían en tiempos coloniales. A la moda fotográfica se le añade ahora el neorientalismo en alza desde el 11-S y el resultado es un público contento con el resultado de resucitar el sepia fotográfico. Mas las fotos hay que observarlas con ojo crítico para conseguir de ellas que sean eficaces en el diálogo cultural, y sobre todo para superar ese estadio nostálgico, dirigido a un público a veces demasiado facilón, deseoso de cuadros

costumbristas. Con ello tiraremos hacia nuevos horizontes de fotografía vanguardista, realizada por fotógrafos de ambos lados, capaz de transmitir la complejidad de mundos en mutación que no responden ya a los viejos y desgastados patrones y orientalizantes. Todo un mundo por descubrir, en el cual la comparación entre los dos lados del Estrecho es más pertinente que nunca.

Acotaciones a un éxito televisivo: El tiempo entre costuras

José Antonio González Alcantud

22 de Marzo de 2014(00:04 h.)

España entera ha quedado sorprendida por el éxito editorial y sobre todo televisivo de la novela *El tiempo entre costuras*, de María Dueñas, una hasta hace poco desconocida profesora universitaria de filología inglesa. La serie nos ha encandilado incluso a los que no habíamos leído previamente la novela. No, no es que sea una obra maestra intelectual o estética. Es simplemente un folletín, como los de antes. Aunque bien es cierto que Balzac o Zola lo que escribían en verdad eran auténticos folletines, acaso con más profundidad psicológica, sin lugar a dudas, pero al fin y a la postre del mismo género. Tanto Balzac como Zola tenían que ganarse al público que estaba ayuno de emociones, y quizás dentro de ellas del triunfo de lo sencillo, de lo primario, de lo que como decía un gran escritor andaluz de los años treinta, Manuel Chaves Nogales, le gustaba a las porteras. Novales narra en clave “inteligente” en uno de sus libros, *El maestro Juan Martínez* que estuvo allí, todas las aventuras y sobre todo desventuras entre Petrogrado y Kiev, entre el declinante imperio de los zares y la revolución bolchevique, de una pareja de bailarines flamencos, para acabar preguntándose al final de la misma si la historia más trascendente que tendría que haber narrado no era la que no le contaron de revoluciones, idas y vueltas, y que supo por otras fuentes: sea sobre todo la hija recién nacida que tuvieron que dejar en adopción en Italia, que cuando pudieron salir de Rusia le dijeron que había muerto, que un sacerdote les negó esto último, que la vieron de lejos, cuando se asomaron a la casa solariega de los señores que la habían adoptado, y que nunca más volvieron a ver, porque el sacerdote que podía haber testificado falleció. Y con estas mimbres en el epílogo se pregunta Chaves Nogales: “¿verdad que es bonito?”. Tengo amigos de muchas luces a los que les encantan las telenovelas, que les parecen “góticas”, ellos sabrán por qué.

Pero, el porqué del triunfo de *El tiempo entre costuras* responde a varias claves. A la necesidad imperativa de que nos cuenten una bella y emotiva historia, en la que haya amor y apasionamientos. Que ésta sea transfronteriza, salpimentada con exotismos diferentes. Y que esté enclavada en el dramatismo histórico. Y que además sea legible para el público del común. Los actores no es que hayan sido figuras eminentes del teatro o la pantalla, pero por regla general transmitían frescura e inocencia, que cubría con creces su falta de teatralidad, defecto bastante común en la escena contemporánea. Es

decir, hacían verosímil en sus mismas personas la historia pasional. Un detalle significativo: cuando tras el último capítulo televisivo la protagonista fue entrevistada aseguró que ella se emocionaba cuando veía la película. Buen síntoma. La segunda clave, son los escenarios, y aquí entra en juego sobre todo Marruecos. Del antiguo Protectorado español existe una imagen difuminada entre la población española, que esta serie televisiva ha venido a renovar. Recuerdo algún documental bastante deficiente sobre Tetuán en el que a los más que se llegaba era a vislumbrar era la nostalgia vulgar de las señoras de los antiguos militares del Protectorado. Se entreveía la pesadilla. Ahora se ha visto otra imagen más cercana, quizás inspirada en la Casablanca de Curtiz, pero sin exageraciones orientalistas. Los protagonistas evidentemente eran los españoles con sus luchas propias, entre la República y la España de Franco. Pero además estaba el espionaje, basculando en un lugar tan estratégico como el Estrecho de Gibraltar, y en plena Guerra Mundial. En ese momento hace su irrupción también Lisboa. Y todo, volvemos a decir, con historias de amor, como la el Alto Comisario Beigbeder y de Rosalinda Fox. El caso es que ahora, sorprendido, leo las memorias, desconocidas para el gran público, de la auténtica Rosalinda Powell Fox, en la que muestra su admiración hacia Sanjurjo, el marqués del Rif, y augura que de no haber muerto trágicamente el futuro de España hubiese sido otro muy distinto con él al frente, en lugar de Franco.

Pues bien, toda esta historia, que no es novela histórica –un género para mí insignificante, en el que nunca he podido aguantar ni siquiera el “Ivanhoe” de Walter Scott, fundador del género- me ha proporcionado la grata corroboración de que lo sencillo tiene su lógica, mal que le pese a los intelectuales de salón. Y de paso ha vuelto a presentar un episodio histórico común entre Marruecos, España y Portugal con el aplauso y aceptación del gran público gracias a su dimensión humana.